



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El siglo de Martínez Estrada

Autor: Orgambide, Pedro

Forma sugerida de citar: Orgambide, P. (1996). El siglo de Martínez Estrada. *Cuadernos Americanos*, 4(58), 92-101.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 58, (julio-agosto de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL SIGLO DE MARTÍNEZ ESTRADA*

Por *Pedro* ORGAMBIDE
ESCRITOR ARGENTINO

ESTE SIGLO, el siglo xx que está por terminar, fue el que le tocó en suerte a Ezequiel Martínez Estrada. En él vivió y escribió sus obras, que son, en conjunto, una vasta reflexión del hombre que trata de interpretar su tiempo, mientras intenta, a la vez, comprenderse a sí mismo. Este doble abordaje al afuera y al adentro del mundo es una constante en Martínez Estrada, este argentino lúcido, inconformista, contradictorio, complejo, que hoy honramos en el centenario de su nacimiento. Nosotros, sus contemporáneos, los que transitamos aún por este siglo, nos preguntamos qué diría Martínez Estrada ante la aparente muerte de las ideologías, las utopías y la misma Historia. Sospechamos que tales eclipses del pensamiento, que esta contemporánea servidumbre de la inteligencia a las razones prácticas, rebelarían una vez más a quien se opuso, con toda su fuerza, a la dictadura del mercantilismo, a un mundo que, al negar la solidaridad entre los hombres, los degrada.

En la obra de Martínez Estrada, como poeta, narrador, dramaturgo, ensayista, en sus trabajos de interpretación de la realidad argentina, en sus textos biográficos y en los de carácter polémico, siempre aparece el hombre en su complejidad existencial, en los extremos del dolor o la dicha. Nunca en la indiferencia o en la frivolidad de una sociedad de consumo que reduce al hombre a mero objeto, mano de obra y mercancía. Entre los ecos tardíos de la revolución industrial y la globalización de una cultura tecnológica, este siglo xx que vivió Ezequiel Martínez Estrada puso y pone a prueba los principios humanistas en que se nutrió este argentino ejemplar,

* Texto de la conferencia presentada en el Segundo Congreso Internacional sobre la vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada, organizado por la Fundación Ezequiel Martínez Estrada y reunido en la ciudad de Bahía Blanca entre el 14 y el 16 de septiembre de 1995

este hombre asombrado por el misterio del mundo y las contradicciones y catástrofes de la historia contemporánea.

En este centenario del nacimiento de Ezequiel Martínez Estrada es inevitable hacer el recuento de algunos hechos significativos que ocurrieron en nuestro país y en el mundo y que Martínez Estrada vivió con intensidad, con pasión, con inteligencia y coraje. Él tenía, como dijo, la infrecuente costumbre de ser un hombre libre. Y esta actitud fue la que signó su conducta a lo largo de toda su vida. "Espero que algún día —escribió— mi obra será leída y juzgada con equidad, ante todo como la producción de un artista y un pensador". Así, creo, lo leímos nosotros a lo largo de tantos años y así seguramente lo leerán las generaciones futuras, cuando quieran saber algo de esta Argentina y este mundo que nos tocó en suerte, durante el siglo que está por terminar.

Cuando nació Martínez Estrada, hace cien años, en San José de la Esquina, en la provincia de Santa Fe, declinaba la Argentina feudal y patricia y comenzaba la Argentina de nuestros abuelos inmigrantes: aluvional, democrática y plebeya. El padre de Martínez Estrada, don Ezequiel Martínez, había nacido en Pamplona, y al llegar aquí tuvo diferentes y episódicas ocupaciones como tantos inmigrantes, hasta que se radicó en Goyena, donde fue propietario de un almacén de ramos generales. Ezequiel concurre a la escuela primaria y toma lecciones de un maestro particular contratado por su padre. En este hecho, al parecer trivial, observo una actitud común a muchos inmigrantes, que veían en la educación, en la cultura, un camino de superación para sus hijos. Una cultura del trabajo, del esfuerzo, que se encaminaba no tanto a la adquisición de bienes materiales como a la apropiación de los valores del espíritu, hasta entonces en manos de una minoría.

Emergente de una nueva clase, la pequeña burguesía que se había manifestado en la Revolución del 90, este hombre que será poeta y narrador y, fundamentalmente, un pensador de la Argentina y de su tiempo, no tiene, como sus antecesores, los hombres de la Generación del 80, ni fortuna personal ni parientes ilustres. Carece de las facilidades que da el dinero para los viajes y el goce voluptuoso de placeres mundanos. No toma, como ellos, a la ligera, el oficio de escribir, no es un "prosista fragmentario" sino el autor de una vasta obra. En esta actitud creo ver la diferencia central entre los amenos escritores de la Generación del 80 y este laborioso autodidacta. En un país de "apariencia y acomodo", como lo definió Eduardo Wilde, la cultura del trabajo de la inmigración fue,

sin duda, un paso adelante. En ella se crió Martínez Estrada, en contacto también con la naturaleza, como su admirado Guillermo Enrique Hudson. A los siete años, su padre le regala un petiso y allí comienzan sus correrías por el campo, su aprendizaje de la vida montaraz, su respeto ante las maravillas de todo lo que existe. A esto deben sumarse las lecturas que le alcanza su madre, doña Manuela Estrada, natural de Andalucía, a quienes algunos atribuyen un abolengo aristocrático. Lo cierto es que ese padre y esa madre y esa infancia casi pastoril terminarán muy pronto, con la separación de sus progenitores, y la llegada de la adolescencia. Se traslada a Buenos Aires, a casa de su tía Elisa, y continúa sus estudios en el Colegio Nicolás Avellaneda. Él no es un joven de familia acomodada y debe abrirse camino en la ciudad hostil, que años más tarde llamará *La cabeza de Goliat*. En 1914 ingresa como empleado en el Correo Central. Es autodidacta o autodidacto, como se dice ahora, es decir: una persona que, a falta de estudios superiores, se obliga a sí misma a un saber inabarcable. Así era Ezequiel, el joven, lector y estudioso de las ciencias, de las humanidades, el incipiente pensador que coexistía con el poeta.

Como el artesano que aprende su oficio, el joven Martínez Estrada se propone dominar el lenguaje, la escritura que debía expresarlo, en tanto representaba sus ideas, intuiciones y sentimientos más íntimos. Asombra la riqueza de vocablos y giros de ese joven poeta, interesado a la vez en la aventura del pensamiento científico y social. Junto a los previsibles temas de la intimidad, que se proyectan en lo lírico, se encuentran otros de carácter más general con anclajes en lo filosófico y lo didáctico. Esta manera de encarar la escritura se proyectará luego en su ensayística, donde los mayores aciertos de pensar son, a la vez, aciertos del lenguaje. Cuando Martínez Estrada se inicia en la literatura, está cercana aún la experiencia modernista y Leopoldo Lugones, sin duda, es el poeta más significativo y de mayor influencia en el joven aprendiz de escritor.

El mundo experimentaba la Primera Guerra mundial. Se habían producido ya a comienzos de siglo diferentes rebeliones obreras y campesinas, que culminarían en 1917 con la Revolución de Octubre, que estallaría en Rusia. La Argentina no era ajena a estos cambios. Después de los discursos y poemas celebrantes del Centenario, durante 1910, aparecían las grietas del gran texto optimista, las contradicciones que negaban la ilusión del progreso indefinido, los enfrentamientos de clase que estallarían en la Semana Trágica de 1919. Ese era el tiempo que vivía el joven Martínez Estrada,

mientras cumplía sus modestas funciones de empleado en el Correo y escribía los versos que, en la década de los veinte, le darían merecida fama.

Uno es lo que hace o lo que puede hacer, finalmente. Pero un hombre que sueña es más de lo que hace. Y en esos años, Ezequiel Martínez Estrada, gracias a la poesía, es más de lo que las circunstancias pueden ofrecerle: el escalafón, la buena conducta, la buena letra que en ese entonces se exigía a un empleado. En una zona imprecisa, inquietante, peligrosa (la que transitan los fronterizos, como diría su amigo Horacio Quiroga), Martínez Estrada establece su dominio. Es, desde allí, desde la poesía, desde donde hace su primer abordaje a la realidad. Ocurre durante la segunda década del siglo, cuando una Argentina democrática y plebeya accede al poder, los puestos públicos, los negocios y también, claro está, a la producción de la cultura.

En esa época Martínez Estrada obtiene premios y el nombramiento de profesor de literatura en el colegio secundario dependiente de la Universidad de La Plata. El modesto empleado del correo, entonces, gracias a sus méritos intelectuales, tiene, como suele decirse, un lugar en la sociedad; puede insertarse en ella, en el escalafón del prestigio y recibir como recompensa, en 1929, el elogio de Leopoldo Lugones, que lo llama *Laureado del gay saber*.

Pero Martínez Estrada, que tiene la infrecuente costumbre de ser un hombre libre, rechaza el elogio de Lugones, del poeta oficial que en esos años proclama la Hora de la Espada y hace el elogio de los regímenes totalitarios.

Comenzaba, como decía Martínez Estrada, la historia fascista del mundo y en 1930 se producía el golpe de Estado que iniciaría, en nuestro país, la reiterada costumbre de las tutelas castrenses. Él tiene entonces —como observó alguna vez— “la revelación de que debajo de la cobertura y apariencia de una nación en grado de alta cultura, permanecía latente la estructura de una nación de tipo colonizada, de plantación y de trata”. Este descubrimiento lo lleva a indagar en profundidad en la historia, la política, la sociología, la psicología, el lenguaje, los usos y costumbres de un país que es el suyo, el nuestro, y que él padece como agonista, intérprete, juez y mártir durante los años que se han dado en llamar de la Década Infame. Son los años de *Radiografía de la pampa*, contemporáneos del fraude, el peculado, la lucha interimperialista por el reparto del mundo. Martínez Estrada asiste a ese espectáculo como “un puritano en el burdel”, según su propia definición. Su incomodidad, su inconformismo lo hacen sospechoso, un profeta a destiempo, un fanático

de la ética frente a los pragmáticos del poder. Esto dará origen a un malentendido: creer que un hombre así no es persona realista y de confianza. No lo es para el poder, seguramente. Y tampoco lo es para quienes subordinan al intelectual al pragmatismo de la política.

La crisis de los años treinta (crisis económica, política, social) se transforma en Martínez Estrada en crisis íntima, que lo lleva a un profundo examen de conciencia. Lo estético, que hasta entonces se expresa fundamentalmente a través de la poesía, deja de ocupar un primer plano en medio de esa crisis personal, donde él cancela, como dice, "no del todo, pero casi definitivamente, lo que llamaría la adolescencia mental y la época de mi vida consagrada al deporte, a la especulación y al culto de las letras". Su despedida dramatiza el adiós a una Argentina opulenta, real e imaginaria a la vez, a una generación brillante de jóvenes escritores que cultivaban el humor, la discusión, los ingeniosos epigramas martinfierristas y un adiós también a las polémicas de los muchachos de la vereda de enfrente, cultores de la literatura social del grupo de Boedo. Unos y otros son víctima de esa crisis, donde se cuestionan y menosprecian los valores de la cultura, donde el mismo hecho de pensar es considerado actividad sospechosa. Nace allí, creo, la actitud totalitaria que todos alguna vez hemos padecido, como una fatalidad por vivir y pensar en la Argentina. Actitud que tenía sus modelos en Europa, en la Italia fascista y el incipiente nazismo de Alemania. Pero que también tenía sus raíces en nuestra propia historia, en la barbarie combatida con métodos bárbaros en nombre de la civilización. Esa crisis, y no sólo la coyuntural, es la que inquieta el pensamiento de Martínez Estrada, quien se impone el deber intelectual de asumirla hasta el fin. De allí su actitud extrema, desesperada, agónica, que puede confundir al crítico. Quien haya conocido a Martínez Estrada sabe muy bien que ésa era su manera de pensar y de sentir a la Argentina. Desde su mismidad, vivió cada una de las crisis de nuestro país como si fueran propias.

En la Argentina, nadie pudo escapar a la conmoción que produjo, al final de la Segunda Guerra mundial, la irrupción del peronismo. Nadie. En un bando y en otro, todos nos vimos envueltos por esa marejada de la historia, exigidos a la opción de ser peronistas o antiperonistas, que hoy, seguramente puede parecer (y ser) maniquea. Y aún hoy, no es fácil entender a ese movimiento policlasista, que retomaba las reivindicaciones que alguna vez defendió el socialismo, que se manifestaba en las calles jubiloso e insolente, como la

“chusma bravía” que cantó Evaristo Carriego y que lideró en otra época Hipólito Yrigoyen. No era fácil. Porque también allí había sectores reaccionarios, sobre todo en el campo de la educación y la cultura. A ellos se enfrentó Martínez Estrada. Renuncia a su cátedra, se niega a toda pleitesía. Y por eso es incomprendido, vilipendiado, escarnecido como el leproso que toca su campana de desgracia en medio de la fiesta. El símil no es antojadizo.

Durante años, de 1952 a 1955, Martínez Estrada sufre de una extraña enfermedad de la piel, de probable origen psicossomático. Yo lo conocí entonces y lo frecuenté en el comienzo de su convalecencia, cuando recibía a los jóvenes irreverentes que cuestionaban, que cuestionábamos, algunas de sus opiniones. No era complaciente con nosotros, de ningún modo, sino un padre severo, que discutía con vehemencia sus ideas y que entendía la crítica, como quería Martí, como “ejercicio del criterio”.

No se sumó al jolgorio de los vencedores de 1955. Se apartó de quienes fueron sus amigos, polemizó con Borges, se puso junto a los humillados y ofendidos que una vez más quedaban marginados de la historia.

Como dijo en *Coplas de ciego*:

Le ofrecieron gloria, honores,
poder, placer y riquezas.
Se fue con los pescadores.

Vivió en un siglo difícil, desgarrado por guerras, revoluciones, luchas ideológicas y holocausto. Y siguió con su infrecuente costumbre de ser un hombre libre. En la Europa Oriental, signada aún por el estalinismo y el pensamiento reductor del realismo socialista, Martínez Estrada hace la defensa de su admirado Kafka y de la libertad de creación que se niega a la rigidez del dogma. A la vez, cuando los belicistas de Estados Unidos, aquellos que piensan que el territorio de América Latina es el traspasio de su imperio, intentaron la invasión a Cuba, Martínez Estrada, desde la Isla, denunció la ambición imperial del invasor. En el ojo del ciclón otra vez, en medio de la tormenta, Martínez Estrada, hombre del siglo xx, se manifestó con valentía.

Fue hombre de parcialidades, claro. Como todos. Hombre de pasión y de pelea. Pero tuvo la osadía, el gran coraje intelectual de rectificar un juicio equivocado, de cuestionarse, de volver sobre sus pasos, para reflexionar nuevamente sobre asuntos en los

que ya parecía haberlo dado todo. Su abordaje de la política nada tuvo que ver con ese *vivere pericilosamente*, tan seductor para algunos violentos, que sacralizan la acción directa y menosprecian a los que dudan; es decir: a los que piensan. Fue un pensador; su acción, una consecuencia de sus ideas, de esa vigilia permanente que lo mantuvo insomne y alerta durante toda su vida. Fue un hombre de nuestro tiempo, es decir: un hombre en zozobra, alerta a los grandes cambios que se produjeron en este siglo xx.

Mientras escribía "siglo xx", asocié los versos y la música de Enrique Santos Discépolo, cuando hablaba en su tango del "Siglo xx, calambache / problemático y febril". La asociación no es vana: al igual que el poeta del tango, el pensador y el artista Martínez Estrada por momentos percibe la realidad en sus aspectos paródicos, grotescos. Su narrativa es la que lleva al extremo esta percepción de lo real. Allí la condición humana se exaspera como en *La inundación*, la imagen del conventillo adquiere dimensión fantástica, el infierno es lo promiscuo y la historia, la misma que el pensador estudió y analizó con paciencia y disciplina, estalla en una suerte de carnavalismo, como en *Sábado de Gloria*, donde las imágenes de las montoneras gauchas se mezclan con las de un presente que alude al 17 de octubre de 1945. Presente hecho de pasado, pampa ilusoria, con el espejismo del mar que confunde a "los señores de la nada" y que recorre, transfigurado en diferentes mutaciones, Martín Fierro. Escritura aluvional y *bárbara* para enfrentar a la barbarie, como la de Sarmiento y que en el siglo xx retoma Martínez Estrada, después de recorrer los laberintos del lenguaje, los lujos de una poesía de gran riqueza verbal.

Despojado, desnudo, ascético en la copla, feroz en la diatriba, el poeta metido a pensador y político defiende sus convicciones, se debate con ellas, monologa. No siempre le va bien, casi nunca le va bien en el intento. Alguien lo llama "profeta del odio". Los escritores jóvenes, según un crítico, intentan con él un parricidio intelectual. Unos lo niegan, muchos lo ignoran. Pero Martínez Estrada, hasta el final de su vida, continúa trabajando, discutiendo, arremetiendo contra los molinos de la indiferencia y la intolerancia. Quijote del siglo xx, detrás de una quimera de igualdad y fraternidad entre los hombres, de respeto al prójimo, no dejó de pensar, de escribir, de enseñar en cualquier circunstancia. Así era Martínez Estrada, un hombre de este siglo, un poeta, un escritor, un pensador de la Argentina que vivió los avatares de su país hasta el día de su muerte, el 3 de noviembre de 1964, aquí, en Bahía Blanca.

Aquí estaba su compañera de toda la vida, la pintora y escultora italiana Agustina Morriconi, aquí estaban sus libros, sus papeles, su tablero de ajedrez, su violín y los pájaros que volaban en libertad por su casa, que se apoyaban en sus manos y en sus hombros y en la cabeza altiva que no se inclinó jamás ante el poder.

Han pasado tres décadas desde entonces y uno sigue preguntándose ¿qué mundo es éste? A finales del siglo xx, muchos de los presupuestos ideológicos que sostuvieron el pensamiento de Martínez Estrada parecen haber entrado en crisis o en franca declinación. Los mismos conocimientos y disciplinas que él frecuentó antes de instrumentar sus obras mayores, la historia, la sociología, el psicoanálisis, la antropología social, sufren el empuje de un descarnado pragmatismo, que condena al tesván de las buenas intenciones los principios humanistas que, desde la Revolución Francesa, alentaron el pensamiento y la acción de esos grandes hombres a los que Martínez Estrada interrogó en sus ensayos, biografías e incesantes lecturas. Entre Marx y Freud, Martínez Estrada indaga el mundo manifiesto y el imaginario, las contradicciones de una sociedad que condena al hombre a la alienación y una moral con reminiscencias decimonónicas que lleva al mismo hombre a la mutilación de su capacidad para el placer, para el goce pleno de la vida. La coincidencia de estas dos miradas complementarias muestran a Martínez Estrada como un hombre del siglo xx, un pensador que, más allá de sus logros individuales, alienta el cambio colectivo, el mejoramiento de las conflictivas relaciones del hombre social, cuya alienación le resulta insoportable. Por eso, al estudiar a Marx, necesita del auxilio y complemento de otros sistemas de ideas, instrumentados en los siglos xix y xx y que tienen aún vigencia en nuestra manera de pensar y de sentir el mundo. Así, él observa a los que llama los tres grandes antropólogos contemporáneos: Darwin (el hombre en la naturaleza), Marx (el hombre en la sociedad) y Freud (el hombre en sí mismo). Esta tríada, que puede verse a la vez como tres ejes del pensar y sentir de Martínez Estrada, son parte, creo, de una poética que él desarrolla a lo largo de los años.

Veamos la primera variable, la del hombre en la naturaleza. En el vasto texto de Martínez Estrada, ella está siempre presente, en forma explícita o implícita, desde el título de su famosa *Radio-grafta*, a su exaltación de las páginas de Hudson o de la experiencia misionera de su amigo Horacio Quiroga. La naturaleza entra y sale, por exageración y hasta por omisión en los textos del hombre que pasó largos años en la ciudad hostil, de espaldas al río de su ori-

gen. Las referencias librescas a Rousseau, Thoreau, Walden, pueden unirse con felicidad a sus propios intentos de ruptura con el mundo burocrático que tuvo que padecer en la ciudad y a su experiencia como ocasional hombre de campo y chacarero. La naturaleza y más aún: la nostalgia de la naturaleza, es parte de la escritura de Martínez Estrada, de este argentino del siglo xx, que no olvidó nunca su anclaje raigal, “porque la tierra no es una mentira —como él dijo— aunque el hombre delire recorriéndola”.

Al exaltar al hombre en la naturaleza, a quien construye su *habitat* (refugio o casa) con sus propias manos, este pensador se pone en el lugar de quien abandona sus tareas de cazador furtivo para devenir labriego y hombre sedentario, hasta pasar del estado tribal a ciudadano de la sociedad clasista. Observa entonces a ese hombre en sociedad, desde una perspectiva heterodoxa, desde un posible materialismo histórico beneficiado por otros aportes humanistas. Se sitúa así en el cruce del debate ideológico de nuestro siglo, como receptor de las ideas humanistas de los siglos xviii y xix, aquellas que cimentaron los periodos de lucha y vida independiente en nuestras tierras, en estos países abandonados de la mano de Dios que Martínez Estrada estudió en su obra *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina*.

Hombre del siglo, poseedor de una cultura de tipo universal, pero hijo de estas tierras, supo rebelarse contra los mercaderes de la “moneda de cuero” y también contra los traficantes más sofisticados de la llamada cultura de Occidente.

La cultura, para él, para el laborioso autodidacta, tenía sentido cuando daba luz y testimonio sobre los hechos del hombre, cuando hacía del hombre algo más que un transcurrir biológico en la tierra. Algo renacentista había en él. No sé qué hubiera dicho de esta globalización de la cultura de fines de siglo xx, de este nuevo imperio de la informática. No puedo pensar por él, desde luego, pero al leerlo una vez más, al recorrer sus páginas, reencuentro al humanista que nos enseñó a servirnos de la técnica sin caer en el nuevo fetichismo tecnológico, que nos enseñó a buscar la verdad descreyendo de las verdades absolutas. Como Bertrand Russell, Martínez Estrada prefirió una articulada incertidumbre a una inarticulada certidumbre. Es fácil discutirlo, rebatirlo, incluso, en sus parcialidades, sus fobias, sus desmesurados énfasis. Pero para pensar a la Argentina, a esta América, a este mundo, debemos volver una y otra vez a Martínez Estrada. Como él regresó a Sarmiento para entender, a través de sus contradicciones, la realidad profunda de

un país. Por eso dijo de esa realidad: "Tenemos que aceptarla con valor, para que deje de perturbarnos: traerla a la conciencia, para que se esfume y podamos vivir unidos en la salud".

Hoy, vivir en la salud es negarse a la fácil retórica del pragmatismo de quienes ven al hombre como una cifra más en sus cálculos para llegar a un inasible Primer Mundo. Vivir en la salud, a fines del siglo xx en la Argentina, es reconocer una cultura de pobreza debajo de los discursos y los proyectos faraónicos. Y en esto, la lectura de Martínez Estrada nos puede ayudar mucho: a reflexionar, a no declinar en la defensa de los débiles y en la cultura del trabajo, del esfuerzo, en la que se formaron nuestros mayores y hombres como Martínez Estrada. Ante el jolgorio de los frívolos, un hombre así puede parecer un profeta de lo ilusorio. Para nosotros fue y seguirá siendo un ejemplo de intelectual, un maestro. Por eso estamos aquí, para honrar a quien tenía la infrecuente costumbre de ser un hombre libre.